

Aproximación a la Demografía Histórica Menorquina

Realizado por:

T. VIDAL BENDITO y J. GOMILA HUGUET

El estudio de la demografía menorquina de la Edad Moderna e inicios de la contemporánea ha sido un campo prácticamente inculto hasta hace poco,

Por ejemplo, el rico filón de los libros sacramentales, casi completos y en buen estado, había sido ignorado por los investigadores (1) quienes, a lo sumo, habían acudido a ellos con fines muy concretos y, casi sin excepción, no demográficos (2).

La historia de la demografía histórica de Menorca comenzó, pues, cuando el verano de 1983 J. Gomila emprendió el recuento total de los sucesos registrados en dichos libros en el contexto del plan de análisis exhaustivo de la población menorquina que estamos desarrollando. En consecuencia, contamos hoy con una masa notable de datos brutos y unos pocos análisis afinados referentes a la totalidad de las parroquias de la isla desde finales del siglo XVI a finales del XIX. De momento damos prioridad a los análisis globales (insulares) en aras de la mayor significación de los resultados correspondientes a un colectivo numeroso y completo (3).

Las series de cifras brutas de bautismos, matrimonios y defunciones (adultos y párvulos), permiten una primera visión panorámica que, entendida como tal, permite aventurar un bosquejo del modelo demográfico histórico menorquín que intentaremos exponer a continuación.

Las fuentes.-

A excepción de las parroquiales, Menorca es relativamente parca en fuentes demográficas fiables.

Para los siglos XV, XVI y parte del XVII disponemos de relaciones de fuegos de dudosa traducción a habitantes pero de cierto valor orientativo (4).

Durante la etapa dieciochesca, en la que la isla fue posesión británica, se ejecutaron varios censos cuyos resúmenes han sido recogidos y reproducidos, sin crítica, por diversos autores (5). A falta de verificación, las cifras parecen dudosas y hacen pensar en una sensible infravalorización de la población de hecho.

Los datos publicados del Censo de Floridablanca (1787), referentes al conjunto insular, parecen más fiables. En una publicación reciente (6), los hemos puesto a prueba y nuestras comprobaciones al respecto conducen a aceptar, como máximo, un subregistro global del 12%.

Para la primera mitad del siglo XIX disponemos también de cifras censales no verificadas y, de momento, dudosas.

Las fuentes parroquiales inspiran, en cambio, notable confianza y es principalmente en base a éstas que fundamentamos nuestra aproximación a la demografía menorquina precensal (7).

Población y Poblamiento en los siglos XVI y XVII.-

El siglo XVI fue la etapa más negativa de la historia moderna de Menorca. Dos ataques turcos, en 1535 y 1558, dejaron en muy precaria situación económica y demográfica a las dos ciudades insulares. Maó perdió 1/3 de su población y Ciutadella 2/3. En conjunto pueden estimarse en unas 4.000 las bajas experimentadas a causa de ambas razzias que tuvieron como principal objetivo el secuestro de esclavos. Aun-

que no se sabe cuántos de éstos fueron redimidos, se presume que fueron pocos y, en consecuencia, parece razonable aceptar que la isla, que contaba, hacia 1524 con un máximo de 8.000 habitantes, perdió casi la mitad de sus habitantes y, en especial, los más cualificados.

En base a los recuentos de fuegos (6) y, a partir de 1570, de los libros sacramentales, la evolución de la población menorquina fue como sigue:

Tras los difíciles años centrales del siglo XV en que la isla se vió envuelta, en las luchas civiles de la corona catalano-aragonesa, la población menorquina experimentó una sensible recuperación que se vió frustrada por las citadas razzias turcas.

A partir de 1580 tuvo lugar una nueva fase de recuperación que se vió frenada por dos sensibles crisis de mortalidad, a principios del XVII, que casi anuláron el crecimiento natural de la década 1601-1610. Las defunciones de adultos duplicaron la cifra media los años 1602 y 1608 (278 y 323 casos frente a la media de 140 de los 12 años envolventes, excluidos 1602 y 1608). Si la causa fue la peste hay que reconocer que fue benigna. La población estimada para estos años debía ser de unos 9.000 habitantes con lo cual las tasas brutas de mortalidad no superaron la cota del 70% (considerando que la cifra de párvulos afectados fuese similar a la de adultos).

Pasada la crisis epidémica inicial, el primer cuarto del siglo XVII fue de bonanza demográfica, pero hacia 1635 la curva de mortalidad presenta insidiosas agujas y la tendencia progresiva se vió sensiblemente frenada por las pestes que, como en el resto del ámbito mediterráneo vecino, afectaron a la isla en 1648 y 1652-53. Aunque recurrente, la principal peste menorquina conocida fue relativamente benévola. La de 1648 afectó a toda la isla. Las defunciones de adultos triplicaron ampliamente las cifras normales (media de los diez años anteriores). De 210 óbitos de adultos anuales se pasó a 685, lo cual parece indicar que murieron unos quinientos apestados adultos de una población de 13.000 habitantes.

Tabla nº 1: La población menorquina (1) en los siglos XVI y XVII

<u>Año</u>	<u>Ciudadella</u>	<u>Maó</u>	<u>Rural (2)</u>	<u>MENORCA</u>	<u>Bautismos (3)</u>
1503	2.630 (4.53)	1.570 (27.0)	1.600 (27.7)	5.800 (100)	-
1524	3.330 (40.7)	2.500 (30.9)	2.300 (28.4)	8.100 (100)	-
1538	2.800 (44.4)	1.500 (23.8)	2.000 (31.8)	6.300 (100)	-
1545	3.250 (43.9)	2.000 (27.0)	2.150 (29.1)	7.400 (100)	-
1552	4.150 (47.6)	2.160 (24.8)	2.400 (27.6)	8.710 (100)	-
1559	1.600 (26.0)	2.300 (37.4)	2.250 (36.5)	6.150 (100)	-
1573	1.630 (29.4)	1.780 (32.1)	2.130 (38.4)	5.540 (100)	280
1594	2.730 (32.0)	3.090 (36.3)	2.700 (31.7)	8.520 (100)	367
1615	3.070 (34.8)	3.000 (34)	2.750 (31.2)	8.820 (100)	393
1643	4.150 (32.6)	3.860 (30.3)	4.710 (37.1)	12.720 (100)	547
1650	3.840 (29.6)	4.000 (30.9)	5.120 (39.5)	12.960 (100)	524
1657	2.870 (28.4)	2.800 ⁽⁴⁾ (27.7)	4.430 (43.8)	10.100 ⁽⁵⁾ (100)	522
1671	2.500 (23.4)	3.740 (34.9)	4.460 (41.7)	10.700 (100)	525

Fuente: VIDAL, T. y GOMILA, J. (1984 A)

- 1.- Nº de fuegos x 6.5 . Este multiplicador ha sido deducido por nosotros en base a la hipótesis de una tasa de natalidad máxima del 45%.
 - 2.- Resto de parroquias insulares.
 - 3.- Media anual para el conjunto de Méⁿorca en el septenio envolvente.
 - 4.- Esta cifra no es creíble. Maó sufrió mucho menos las consecuencias de la peste que Ciutadella.
 - 5.- A causa de la subestimación de la cifra mahonesa este total es inferior a la realidad.
-

Para esta época contamos con pocos datos de defunciones de párvulos pero las disponibles parecen indicar que la paridad, normal de la época entre ambos tipos de defunciones, se mantuvo durante la epidemia. De ser así, las víctimas totales de la peste fueron un millar. Siguiendo este criterio se puede cifrar la tasa bruta de mortalidad del año 1648 en un 110%, como máximo.

Un rebrote, en 1652-53 (6 bis) afectó sólo a Ciutadella. De una media anual de 50-60 óbitos de adultos, esta ciudad pasó a registrar 390 (1652) y 246 (1653). Si consideramos que en 1648 se habían registrado en la parroquia 201 óbitos de adultos y que, en consecuencia, la población en 1652-53 debía ser sensiblemente inferior, la segunda oleada pestilencial fue mucho más mortífera. La tasa bruta de mortalidad total pudo alcanzar en esta ciudad, en 1652, una cota ligeramente superior al 200%.

Para el conjunto menorquín, el sexenio 1648-1653 registró una tasa bruta de mortalidad media del 55% anual y un saldo natural negativo de unos 1.200 habitantes. A juzgar por las cifras de fuegos, la población insular perdió entre 1650 y 1657 unos 2.900 habitantes. La fuerte discrepancia entre las citadas cifras ha de achacarse principalmente a una subestimación o anomalía en el recuento de fuegos de Maó en 1657.

Tras el bache de la peste la población menorquina recuperó la tendencia ascendente cerrándose el siglo XVII con un balance muy positivo.

El último recuento de fuegos conocido, de 1671, permite estimar la población en unos 10.700 habitantes, un 25% más que al inicio de la centuria.

El "sexenio negro" (1648-1653), aunque moderado, significó la última gran catástrofe demográfica de la historia moderna insular. A partir de 1653 no se registró ninguna otra crisis tan espectacular; por decenios el crecimiento natural fue siempre positivo tal como recoge la tabla nº 2 y el gráfico nº 1.

El siglo XVII se inició con una cifra anual media de 407 bautizos y cerró con otra de 695. Entre ambas la tendencia fue casi lineal sin altibajos relevantes. Durante el "sexenio negro" la natalidad acusó poco la crisis y la nupcialidad se incrementó sensiblemente, factores que compensaron los efectos negativos de la peste. El brillante-balance final del siglo XVII ha sorprendido a los historiadores locales que, tradicionalmente, tenían en muy mal concepto a dicha centuria. En consecuencia habrá que revisar ideas e investigar los factores explicativos del progreso poblacional.

Entre las explicaciones de carácter genérico cabe apuntar las modestas densidades de población de partida. Hacia 1600 la isla contaba con poco más de 10 h/Km², menos de la mitad de la densidad mallorquina, aunque semejante a la de las regiones mediterráneas peninsulares (Valencia, 20; Cataluña, 11).

Un hecho importante a constatar es el carácter eminentemente urbano de la población menorquina desde la Baja Edad Media, al menos.

Menorca aparece como una isla bicéfala, con una ciudad en cada extremo, de dimensiones demográficas similares. Ambas se reparten el control de un área rural intermedia que alberga tres pueblos modestos (Alaior, Es Mercadal y Ferreries) que articulan, a su vez, una laxa constelación de casas aisladas centro de grandes explotaciones agrícola-ganaderas (alqueries o llocs).

Ciutadella, a poniente, era la capital insular, sede del poder político y eclesiástico y residencia de los principales señores de la tierra. Fuera de sus murallas residía una escasa población dispersa.

Maó era una ciudad portuaria con un hinterland más poblado, pues parte de los grandes llocs se habían subdividido y generado pequeños caseríos, residencia de agricultores modestos. A unos tres kilómetros de la ciudad, en la bocana del puerto, se construyó, a fines del siglo XVI, un castillo, San Felipe, junto al cual creció un arrabal que, con el tiempo, derivó en parroquia y entidad de población estable. En consecuencia los datos demográficos correspondientes a Ciutadella corresponden casi exclusivamente a la población que vivía intramuros, mientras que en el caso de Maó una proporción modesta, pero creciente, correspondía a caseríos, y principalmente, al citado arrabal.

Si identificamos como población urbana a la correspondiente a las parroquias de Ciutadella y Maó y como rural a la del resto, tenemos que la población menorquina era eminentemente urbana (ver tabla nº 1). Entre 1503 y 1550, en base a los datos de fuegos, las dos ciudades representaron siempre en conjunto un 70% de la población insular. Ciutadella detentó una clara primacía hasta el ataque turco de 1558. Albergaba el 40% de la población insular a pesar de su corto vecindario (2.600-4.000 habitantes). Maó era un núcleo sensiblemente menor (1.500-2.500 habitantes).

En la segunda mitad del siglo XVI comenzó el avance relativo de la ciudad portuaria. Ciutadella se recuperó de la crisis de 1558 con grandes dificultades. Maó, que también había quedado maltrecha por el ataque turco de 1535, se recuperó con mayor facilidad y en 1650 contaba ya con 4.000 habitantes.

Las pestes del "sexenio negro" golpearon con mayor virulencia a Ciutadella y la ventaja de Maó se acrecentó. En 1671 la población de Maó superaba en un 50% a la de su rival, y a partir de entonces, su hegemonía quedó plenamente consolidada. La cons-

trucción del citado fuerte de San Felipe dió a Maó seguridad y cierto complemento económico y demográfico (inversiones, guarnición militar, etc.).

La población rural, muy exigua a principios del siglo XVI (1.600 habitantes, el 28% de la población insular), creció sensiblemente a partir de mediados de siglo y, especialmente, a lo largo del siglo XVII. En vísperas de las pestes se aproximó a los 5.000 habitantes y a fines de la centuria representaba ya algo más del 40% de la población menorquina.

El carácter eminentemente urbano de la población insular es un hecho que merece ser atentamente considerado de cara a la interpretación de los sucesos demográficos. Aunque una parte no desdeñable de los vecinos de Ciutadella y Maó debían ser agricultores, no cabe duda que en ningún momento de los siglos XV, XVI y XVII la población dedicada a la agricultura debió superar los 2/3 de la población activa total. En consecuencia, parece que la población menorquina no quería ni podía vivir únicamente de los recursos de la tierra. Las densidades rurales más altas, las de fines del siglo XVII, no superaron la cota de 0.1 habitantes por hectárea, lo que puede traducirse en un mínimo de 20 hectáreas por activo agrario. En estas circunstancias no cabía esperar gran intensidad en la producción agrícola. De ahí parece desprenderse que la población insular dependía, básicamente, de una economía abierta y compleja y no de la mayor o menor bondad de las cosechas.

La entidad de esta economía es otra cuestión que los historiadores tendrán que resolver.

Esta hipotética base económica extra-agraria hizo posible un crecimiento demográfico sensible y sostenido a lo largo de los siglos XVII y XVIII, especialmente en este último en el cual el peso de la población rural descendió de nuevo a cotas del orden del 25%, mientras que Maó se convertía en una ciudad de primer orden con más de 10.000 habitantes hacia el año 1750.

Tabla nº 2: Menorca: Movimiento Natural 1571-1860
(medias anuales) (1)

<u>Décadas</u>	<u>Bautismos</u>	<u>Defunciones (2)</u> <u>Adultos (K) Totales</u>	<u>Crecimiento</u> <u>natural</u>	<u>Matrimonios</u>
1571-80	302	98 (2.00) 196	106	67
1581-90	316	100 (2.00) 200	116	70
1591-00	350	123 (2.00) 246	104	82
1601-10	407	187 (2.00) 374	33	84
1611-20	398	150 (2.15) 322	76	92
1621-30	455	152 (2.20) 334	121	106
1631-40	477	212 (2.10) 445	32	121
1641-50	541	257 (2.00) 514	27	148
1651-60	513	221 (1.85) 409	104	127
1661-70	512	228 (1.67) 381	131	121
1671-80	550	202 (1.91) 386	164	138
1681-90	612	230 (2.18) 501	111	140
1691-00	695	233 (1.98) 461	234	150
1701-10	712	308 (1.95) 606	106	160
1711-20	809	350 (1.79) 626	183	198
1721-30	878	303 (2.18) 660	218	197
1731-40	892	333 (2.05) 682	210	167
1741-50	1.009	332 (2.58) 856	153	245
1751-60	1.144	338 (2.38) 804	340	227
1761-70	1.069	436 (2.03) 885	184	204
1771-80	1.069	349 (2.00) 698	371	240
1781-90	1.317	396 (2.25) 891	426	252
1791-00	1.206	514 (2.04) 1049	157	267
1801-10	1.371	442 (2.01) 888	483	284
1811-20	1.466	482 (1.83) 882	584	306
1821-30	1.290	580 (1.62) 940	350	241
1831-40	1.119	513 (1.60) 820	299	272
1841-50	1.070	489 (1.63) 797	273	235
1851-60	971	475 (1.58) 750	221	214

Fuente: Explotación personal de los libros sacramentales de todas las parroquias menorquinas depositados en el Archivo Diocesano (A.D.M.) en Ciutadella.

- 1.- Medias anuales ponderadas, calculadas por décadas.
 - 2.- Defunciones totales calculadas a partir de los datos de defunciones de adultos (prácticamente completos). Para cada década se ha multiplicado el número de difuntos adultos por el cociente entre difuntos totales y adultos (K) de aquellas parroquias que contaban con datos de difuntos párvulos. Salvo en épocas de epidemias, tales como la viruela, la paridad numérica entre ambos tipos de defunciones es casi perfecta. En consecuencia el multiplicador más frecuente es 2. Hasta la década de 1611-20 el cálculo de K es imposible por la falta de libros de párvulos, por esta causa hemos empleado sistemáticamente $K = 2$ hasta dicha fecha.
-

La Demografía Dieciochesca.-

El siglo XVIII ha sido considerado como el siglo de oro menorquín. Para muchos isleños Menorca alcanzó en este siglo altas cotas de carácter económico, demográfico y cultural gracias a la presencia inglesa.

En 1708 la isla fue ocupada por fuerzas británicas aliadas del Archiduque y hasta 1802, aunque con breves paréntesis de dominio francés (1756-69) y español (1782-98), Menorca vivió directamente involucrada en el contexto de la expansión imperial británica.

Aunque la opinión mayoritaria se inclina por la anglofilia, no faltan las opiniones más ponderadas e incluso anglófobas. El tema es interesante pero no es aquí el lugar de abordarlo; en consecuencia, nos limitaremos a poner de relieve aquellos aspectos más incontrovertibles relacionados con la problemática demográfica.

El siglo comenzó con agudos conflictos civiles relacionados con la Guerra de Sucesión, con las secuelas obligadas de muertes violentas y exilios. Las dos primeras décadas fueron, demográficamente, poco brillantes. La nupcialidad descendió, los nacimientos se estancaron y la mortalidad alcanzó cotas amenazantes para el crecimiento natural que fue exiguo.

Hacia 1720 la situación mejoró ostensiblemente. La mortalidad fue escasa y estable, la natalidad y la nupcialidad crecientes hasta 1730. La década siguiente fue, en cambio, de balance mediocre pero entre 1740 y 1760 se registró una etapa de fuerte crecimiento no perturbada, de modo apreciable, por la conquista francesa de la isla en 1756. Los años cuarenta fueron de gran dinamismo. Inglaterra, en guerra contra Francia y España, estimuló el corsarismo y el papel de Maó como base naval y arsenal alcanzó cotas nunca vistas. Numerosos extranjeros se instalaron en la isla (italianos, griegos, judíos). La guarnición militar era numerosa y las obras públicas de carácter militar y civil empleaban a muchos brazos. En la memoria popular quedó grabada la prosperidad dels anys quaranta.

Para esta primera mitad de siglo disponemos de dos censos: 1723 y 1749. Sus resultados han sido publicados por diversos historiadores, pero, en general, sin mención explícita de la fuente. Riudavéts (1885) en su capítulo "estadística" (vol. I, pp. 480-499) nos da, sin demasiada convicción, resúmenes de estos y otros "censos" indicando, en algunos casos, que halló los datos en archivos insulares. Lamentablemente nadie ha buscado todavía, ni en la isla, ni en Inglaterra, los posibles documentos originales y, en consecuencia, por el momento no se puede ir más allá de lo publicado por el citado historiador decimonónico.

Según los datos de esta fuente, los censos de 1723 y 1749 y 1763 arrojaron las cifras que indica la tabla nº 3. Relacionando, como se ve en la misma, las cifras censales con las cifras obtenidas por nosotros de bautismos y defunciones en los libros sacramentales se deducen unas tasas brutas de natalidad y mortalidad a todas luces excesivas. En consecuencia, parece claro que dichos censos pecan de subregistro. A partir de esta constatación caben diversas hipótesis relativas al grado de ocultación de la población que nos interesa: la población indígena y católica que coincide con la inscrita en los libros sacramentales.

Partiendo de la base de que dichos censos sólo incluyen a dicha población, nos decantamos, provisionalmente, por una ocultación de ésta del 20%. En base a ello hemos llevado a cabo el análisis de los balances intercensales que aparecen en la tabla nº 4 de cuyos resultados se puede decir aquello de "se non e vero e ben trovato". Ironías aparte, como hipótesis, dichos balances son de alta credibilidad. Si se aceptan dichas elucubraciones parece confirmarse la opinión a que induce la observación de los gráficos de evolución de los bautismos y defunciones; eso es, una evolución caracterizada por una pujante dinámica en la que el holgado paralelismo inicial de nacimientos y defunciones tiende a la divergencia por retroceso de la mortalidad.

Puede sorprender el que los saldos migratorios aparezcan prácticamente como nulos. La explicación parece ir por dos vías. En primer lugar, las autoridades británicas debieron impedir la inmigración de españoles por razones de seguridad. En segundo lugar, la indudable inmigración civil no española (griegos, hebreos, italianos) y los militares y sus familias debían ser censados aparte. Por otro lado, como ya apuntamos, estos forasteros eran en su mayoría "herejes" y no tenían tampoco cabida en los libros sacramentales. El censo de 1749, no obstante, contabiliza 546 forasteros, cifra irrelevante posiblemente muy inferior a la real.

La actividad económica y militar (obras públicas, construcción y reparaciones navales, abastecimiento de la flota y la tropa) debieron facilitar el crecimiento sostenido de la población indígena, especialmente en el sector oriental. Maó y el arrabal de la fortaleza de San Felipe crecieron con una intensidad muy superior a la del conjunto de la isla. Según los citados censos, sin ponderar, la evolución espacial de la población insular fue como puede verse en la tabla nº 5.

Tabla nº 3: Indicadores Demográficos para el siglo XVIII

A) Según los censos publicados*

<u>Año</u>	<u>Población</u>	<u>Nacimientos** (%)</u>	<u>Defunciones** (%)</u>	<u>Crecimiento** natural (%)</u>
1723	16.082	842 (52.3)	683 (42.5)	159 (9.8)
1749	20.815	1.104 (53.0)	697 (33.5)	407 (19.5)
1763	21.140	1.139 (45.3)	783 (31.1)	356 (14.2)

* Fuente: Riudavets (1885)

** Media anual del lustro envolvente de la fecha censal. Fuente: Elaboración propia.

B) Según estimación

<u>Año</u>	<u>Población*</u>	<u>Natalidad</u>	<u>Mortalidad</u>	<u>Crecimiento natural</u>
1723	19.300	43.6‰	35.4‰	8.2‰
1749	25.000	44.2‰	27.9‰	16.3‰
1763	30.200	37.7‰	25.9‰	11.8‰

* Las cifras publicadas han sido incrementadas en un 20%

Tabla nº 4:

Balances IntercensalesA) 1723-1749

Población 1723 (16.082 x 1.2)	19.300	
Población 1749 (20.815 x 1.2)	25.000	
Población media	22.150	
Crecimiento real 1724-49		5.700 (10%)*
Nacimientos 1724-49	24.219	(42%)*
Defunciones 1724-49	19.094	(33%)*
Crecimiento natural 1724-49		5.125 (9%)*
Saldo migratorio 1724-49		.575 (1%)*
Matrimonios 1724-49	4.071	(7%)*
Fecundidad matrimonial 1724-49 (Nacimientos/matrimonios)		5.9

B) 1749-1763

Población 1749 (20.815 x 1.2)	25.000	
Población 1763 (25.140 x 1.2)	30.200	
Población media	27.600	
Crecimiento real 1750-63		5.200 (13%)*
Nacimientos 1750-63	16.177	(42%)*
Defunciones 1750-63	10.276	(27%)*
Crecimiento natural 1750-63		5.901 (15%)*
Saldo migratorio 1750-63		-701 (-2%)
Matrimonios 1750-63	3.045	(7.9%)*
Fecundidad matrimonial 1750-63 (Nacimientos/matrimonios)		5.3

* Media anual del suceso dividida por la población media y multiplicada por mil.

Fuente: Elaboración propia a partir de Riudavets (1885) y libros sacramentales.

Tabla nº 5: Evolución espacial de la población * menorquina
1723-1749

	<u>1723</u>	<u>1749</u>	<u>variación</u>
Maó	4.580	8.075	76%
Arrabal de San Felipe	1.761	3.033	72%
Ciutadella	4.580	4.906	7%
Alaior	3.168	3.497	10%
Mercadal	1.060	1.304	-35%
Fornells	97		
Ferrerries	.836		
	16.082	20 815	

* Cifras oficiales no corregidas

Maó y su satélite, el arrabal, pasaron de albergar poco más de 1/3 de la población de la isla a más de 1/2. Ciutadella, que desde mediado el siglo XVI iba retrocediendo, relativamente, respecto a Maó, queda ahora totalmente relegada a una posición secundaria, reducto de las viejas clases dirigentes -aristocracia y clero-, marginadas intencionadamente por las autoridades coloniales.

A destacar que Alaior, parroquia agrícola de origen bajo medieval, aparece ya en el siglo XVIII como una colectividad pujante. Al contrario, las restantes parroquias centrales, eminentemente agrarias, pierden población en la etapa considerada a causa, probablemente, de la atracción de Maó, que debió afectar incluso a la propia Ciutadella.

La densidad de población insular superó la cota de los 30 h/Km² emparejándose con la de Mallorca y superando a la de la mayor parte de las tierras mediterráneas hispánicas.

La primera mitad del siglo XVIII presentó sin duda un balance demográfico muy positivo especialmente en la década de los cuarenta. El indicador más neto e inequívoco que podemos obtener a partir de la información estadística de la época es el cociente de mortalidad infantil que relaciona a los difuntos de edad cero de un año civil concreto con los bautizos de idéntico lapso de tiempo.

A partir de finales del siglo XVII aparecen los primeros libros de albats (párvulos) con indicación de la edad. Desgraciadamente corresponden a parroquias rurales de escaso vecindario con lo cual la significación de los datos es baja y sesgada. Hasta principios del XVIII no contamos con una suficiente y variada masa de datos para medir con garantía la relación entre difuntos menores de un año y nacimientos. Por décadas y a partir de 1700, los cocientes de mortalidad infantil evolucionaron como lo indica la tabla nº 6.

La tabla citada pone de manifiesto un temprano retroceso de la mortalidad infantil en especial en las ciudades. Hacia 1750 Maó y Ciutadella habían abandonado la cota del 200%; sin embargo, en las parroquias rurales prevalecían todavía las tasas tradicionales del orden del 250% y aún superiores. Como veremos más adelante, en la etapa del cambio de siglo la mortalidad infantil acusó un fuerte tirón hacia abajo y se rozaron valores del orden del 150%. No obstante, este progreso fue relativamente efímero pues hasta avanzado el siglo XIX no se registraron nuevos progresos.

A las brillantes décadas de los cuarenta y de los cincuenta siguieron otras dos de estancamiento que coincidieron casi con el nuevo paréntesis británico (1763-1782).

Tabla nº 6: La mortalidad infantil* 1700-1800

<u>Años</u>	<u>Ciudadella</u>	<u>Maó</u>	<u>Es Mercadal</u>	<u>MENORCA**</u>
1701-10	267	-	314	267
1711-20	233	-	416	270
1721-30***	247	-	338	236
1731-40	170	-	255	215
1741-50***	-	211	259	231
1751-60	175	196	298	216
1761-70	186	234	596	236
1771-80	168	186	377	206
1781-90	172	192	302	200
1791-00***	184	178	312	204

* Albats de edad cero/bautismos, por mil.

** Calculada por agregación de los datos disponibles en cada fecha.

*** Epidemias de viruela en 1725, 1742, 1746, 1791 y 1794.

Fuente: J. Gomila (1985)

Los nacimientos se estabilizaron en cotas inferiores a las precedentes y reaparecieron crisis de mortalidad de cierta intensidad. La primera significativa tuvo lugar en 1767 (750 difuntos adultos ante una media habitual de 370-400). Por su causa el crecimiento natural de la década 1761-1770 se aproximó a cero, cosa que no sucedía desde las pestes de 1648-52.

A la fragilidad del movimiento natural se sumó la emigración. Estimulados por las autoridades inglesas, incapaces de reanimar la situación económica, un buen número, de momento imprecisable, de menorquines marcharon a colonizar la Florida en 1768. La huella de esta emigración quedó bien grabada en la demografía posterior y es fácilmente detectable al analizar los datos del censo de Floridablanca (Vidal, T. y Gomila J., 1984A).

El retorno temporal de la isla a la soberanía española (1782-98), coincidió con un acelerón demográfico de la población indígena. Aunque las colonias extranjeras (ingleses, griegos, hebreos) fueron expulsadas, los nacimientos aumentaron y las defunciones se mantuvieron moderadamente bajas y estables. Hasta 1786-87 todo fue bien pero la década de los noventa fue muy poco halagüeña. Los nacimientos disminuyeron y la mortalidad conoció nuevas crisis de consideración. En 1791 se registró la cifra de defunciones de adultos más alta de la historia de Menorca: 830. La de párvulos fue de 510. En total murieron unas 1.340 personas de una población del orden de los 30.000 habitantes, con lo cual la tasa bruta de mortalidad estimada fue de un 45%.

Tres años más tarde, en 1794, se registró una crisis todavía más grave. Murieron más de 2.000 personas de las que el 67% eran párvulos. En este caso cabe señalar que jamás se había visto, ni se volvió a ver después en la isla, hecatombe infantil semejante. La viruela fue, al parecer la causante (8). En Ciutadella el número de difuntos párvulos triplicó el de adultos, en Maó y Alaior duplicó. La tasa bruta de mortalidad en este año fue del orden del 70%, tasa sólo comparable con las de las pestes de 1648-52. Sin embargo aunque los nacimientos descendieron ligeramente el balance final de la década 1791-1800 no fue negativo. No obstante, esta hecatombe infantil iba a tener trascendencia futura. La viruela de 1794 dió lugar a unas clases huecas cuyas consecuencias demográficas iba a arrastrar la demografía insular durante buena parte del siglo XIX. A esto se añadió un sensible descenso de la nupcialidad aunque de escasa repercusión aparente en los años inmediatos en lo que se refiere a la natalidad.

La estimación de la importancia de las citadas clases huecas en base al entonces reciente censo de Floridablanca podría ser como sigue.

La etapa mejor conocida de la demografía menorquina moderna es la inmediata a las crisis de la década 1791-1800. Con fecha de 1787, aunque los datos se comenzaron a recoger hacia 1782 (Riudavets, 1885), la población menorquina tenía la siguiente composición por edades y sexos según los datos publicados (Floridablanca, 1787).

<u>Edades</u>	<u>Varones</u>	<u>Hembras</u>	<u>Total</u>
0-6	2.826	2.744	5.570
7-15	2.376	2.390	4.766
16-24	2.425	2.292	4.717
25-39	2.976	3.190	6.166
40-49	1.460	1.611	3.071
50-99	1.525	1.913	3.438
TOTAL	13.588	14.140	27.728

Aunque en la crítica sistemática de este censo (Vidal, T. y Gomila, J. 1984 A) hemos detectado una posible subestimación de los datos próxima al 10%, puede aceptarse como válido que unos 7 años antes de la epidemia variólica la población pàrvula de Menorca era de unos 5.600 individuos, en consecuencia podemos cifrar la mortalidad de 1794, entre pàrvulos (unos 1.500 casos) en casi 1/3.

De ahí que la piràmi de población resultante después de la epidemia contaría con una base 1/3 más estrecha que la de 1787 (9). Esto implica que a partir de unos veinte años más tarde comenzaron a entrar en edad fecunda contingentes de mujeres mucho menos numerosos, lo cual tuvo que incidir, por fuerza, en un descenso de los nacimientos.

De hecho, hacia 1818 las cifras de nacimientos comenzaron a descender tras un máximo histórico de hasta 1.500 bautismos anuales entre 1811 y 1820.

Sin embargo, no cabe achacar únicamente el paso de estas "clases huecas" el descenso de los nacimientos. Hacia 1820 la demografía menorquina, después de más de doscientos años de progreso casi ininterrumpido, entró en una larga fase de estancamiento, cuyas causas son mucho más complejas.

Acercas de las características de la población menorquina finisecular, deducidas del censo de Floridablanca, nos limitaremos a subrayar los hechos más significativos pues hemos publicado ya (Vidal, T. y Gomila, J., 1984 A) un afinado estudio sobre el tema.

En síntesis, la población menorquina de 1787 se caracterizaba por una extremada juventud, 1/5 de la población tenía menos de 7 años, situación sólo comparable con la catalana. La pirámide presentaba el perfil correspondiente al de una población estable de $e_0 = 29$ años y crecimiento natural del 1%. También la precocidad de los matrimonios era muy grande, el 57% de las mujeres y el 41% de los hombres estaban casados en el grupo de edades de 16-24 años. Sin embargo, el porcentaje de solteros entre los 40 y los 49 años era elevado (19%), a causa de perturbaciones achacables a la emigración de 1766.

Otros indicadores de interés deducibles del citado censo eran los siguientes:

Tasa de masculinidad	98
" " " 0-6 años	101
" " " 16-24 "	103
" " " 25-39 "	96
" bruta de natalidad	47.5‰
" global de fecundidad	185.7‰
" " " " legítima	285.7‰
" bruta de reproducción	3.08
" neta " "	1.4

Todos estos indicadores son aproximados. En primer lugar descansan en las cifras publicadas que parecen adolecer de un subregistro de hasta un 12%, aunque sin sesgos excesivamente acusados por sexo y edad. En segundo lugar los pintorescos grupos de edades disponibles exigen muchas ponderaciones y manipulaciones que acentúan la posibilidad de error y de deformación.

Un balance de la etapa intercensal 1763-1787 puede dar una visión sintética de la segunda mitad del siglo XVIII. Al primer censo, como a los anteriores censos ingleses, lo hemos aumentado en un 20%, al segundo en sólo un 12% tal como parece indicar la crítica que efectuamos en la publicación ya citada.

Tabla nº 7: Balance del intercensal 1763-1787

Población 1763 (25.140 x 1.2)	30.200
Población 1787 (27.728 x 1.12)	31.000
Población media	30.600
Crecimiento real 1764-87	800 (1.1%)
Nacimientos 1764-87	27.151 (37%)*
Defunciones " "	20.919 (28.5%)*
Crecimiento natural 1764-87	6.232 (8.5%)
Saldo migratorio " "	-5.432 (-7.4%)
Matrimonios " "	5.971 (8%)
Fecundidad matrimonial 1764-87 (nacimientos/matrimonios)	4.5

Fuente: Elaboración propia a partir de Riudavets (1885), Floridablanca (1787) y libros sacramentales.

* Media anual del suceso / población media y por mil.

A la vista del balance el saldo migratorio obtenido parece algo excesivo a pesar de que la emigración de 1768 fue importante y el retorno de la isla a la soberanía española parece que implicó nuevas emigraciones. Es posible que la estimación en un 12% del subregistro del censo de 1787 sea inferior a la realidad o bien que hayamos sobrevalorado el censo de 1763. En cualquier caso siempre nos moveremos en el campo de la aproximación. Por otra parte, los indicadores resultantes del balance son admisibles.

Los años que siguieron al censo de Florida blanca fueron malos hasta el cambio de siglo. A partir de 1800, en cambio, la población insular experimentó una auténtica explosión demográfica que duró hasta 1820. La mortalidad flexionó decisivamente a la baja y la natalidad creció con buen ritmo. A primera vista podríamos pensar que estamos en presencia de la primera fase de la transición demográfica pero la historia política y económica de este período fue muy azarosa y es aventurado generalizar a partir de simples cifras brutas. Los movimientos migratorios fueron, a partir de 1800, el suceso demográfico de mayor importancia y sus vaivenes dificultan el análisis de los datos vitales. Hasta 1820 predominó la inmigración, a partir de entonces la emigración.

El estado actual de nuestras investigaciones no permite avanzar hipótesis sólidas sobre la demografía insular decimonónica; en consecuencia, nos limitaremos a efectuar un breve esbozo muy provisional.

La demografía decimonónica.-

A la vista, principalmente, de las curvas de bautismos, defunciones y matrimonios, la lectura que hoy sugieren éstas es que el viejo ciclo demográfico se acaba hacia 1800. A partir de aquí, aunque de modo vacilante, se inicia la transición clásica: una primera fase de estabilización a la baja de la mortalidad, acompañada de un ligero aumento de la natalidad, que da paso a una nueva etapa de descenso pa

ralelo y/o convergente de ambos indicadores, proceso muy mediatizado por la emigración. La falta de censos fiables hasta 1857 no permite garantizar demasiado la hipótesis.

Entre 1820 y 1860 las curvas de nacimientos y defunciones son convergentes a la baja. Entre 1860 y 1875, los nacimientos se estabilizaron y las defunciones descendieron pero a partir de esta última fecha las defunciones se estabilizaron y los nacimientos emprendieron el declive.

Las tasas brutas calculables para las últimas décadas del siglo XIX parecen indicar que el proceso de modernización estaba ya en fase madura. Hacia 1880 la natalidad bajó de la cota del 30% y la de la mortalidad osciló en torno al 20%.

Los cocientes de mortalidad infantil que habían caído por debajo del 200% hacia 1775 alcanzaron mínimos del 130% hacia 1820 pero subieron de nuevo al 150%, cota alrededor de la cual oscilaron hasta 1860.

Los análisis, todavía provisionales, del censo de 1860 y de la mortalidad por edades en el quinquenio 1863-67, nos han permitido el cálculo de la esperanza de vida que se sitúa en unos cuarenta años. Esto parece apoyar la hipótesis de la precoz modernización de la demografía menorquina.

A modo de conclusión.-

Aunque de forma muy provisional nos aventuramos a esbozar una interpretación general de la historia demográfica menorquina.

De entrada, creemos que el rasgo más significativo de la demografía tradicional insular, es el crecimiento sostenido y casi lineal de los bautismos desde finales del siglo XVII hasta principios del XIX. Las defunciones, aunque con altibajos de consideración, siguieron a la curva de bautismos en un proceso ligeramente divergente con lo cual el crecimiento natural fue también aumentando, sin colapsos de gravedad. La mortalidad catastrófica se dio pero

sus embates fueron poco frecuentes, y de gravedad moderada. Medido por decenios, el crecimiento natural jamás fue negativo y sólo se aproximó a cero en una ocasión (1641-50). Las principales epidemias fueron las de peste de mediados del XVII y la viruela de fines del XVIII. La curva de matrimonios, aunque más irregular, siguió de cerca a la de bautismos registrándose siempre altos índices de fecundidad matrimonial (de 4 a 5.5 bautismos por matrimonio).

Pueden establecerse tres ciclos que aparecen delimitados aproximadamente, por fechas seculares. El primero, que abarca el siglo XVII, se caracteriza por fuertes insidias de la mortalidad. Especialmente en la etapa central, la peste visitó en dos ocasiones la isla frenando, pero no anulando, el crecimiento poblacional de modo que el "desafortunado" siglo XVII presenta en Menorca un balance final muy positivo.

La Guerra de Sucesión, fue un paréntesis moderadamente crítico; marcó la separación entre la etapa seiscentista y la dieciochesca. Esta tiene dos fases. La primera que va desde 1710 a 1760 es de gran dinamismo sin crisis de mortalidad remarcables. La segunda se ve perturbada por emigraciones y crisis de mortalidad moderadas pero desemboca en una fase explosiva en las dos primeras décadas del siglo XIX.

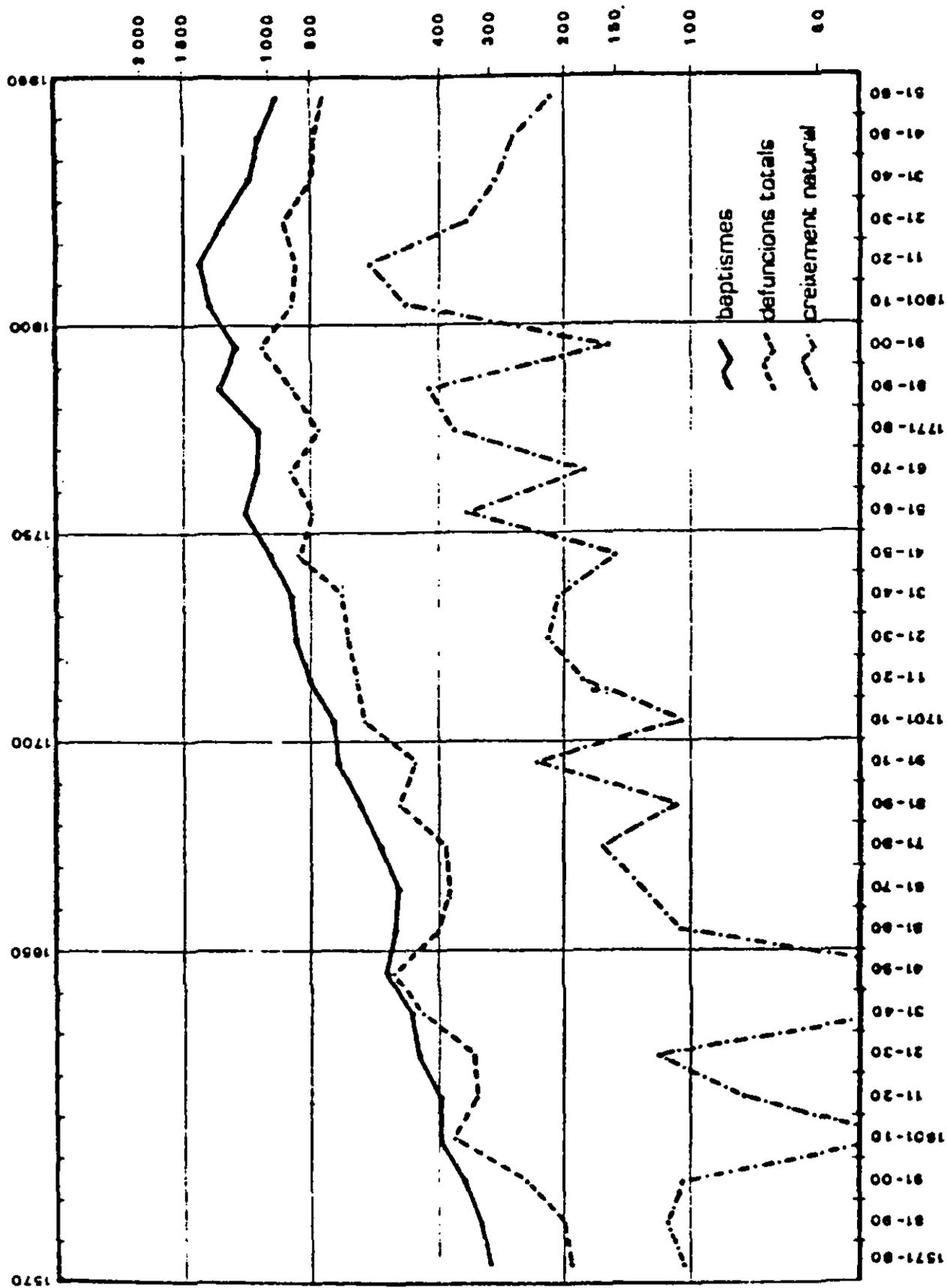
A partir de 1820 el quiebro de las tendencias progresivas es radical. Hasta aquí podíamos hablar de una demografía tradicional pero muy expansiva. A partir de la citada fecha la transición es indudable pero compleja y muy perturbada por los movimientos migratorios. La emigración, casi desconocida en etapas anteriores, se convierte en factor caudal

de la demografía decimonónica. Sin embargo todo parece indicar que a fines del XIX la demografía menorquina era una de las más avanzadas de las tierras hispánicas en lo que se refiere al descenso de la mortalidad y de la fecundidad.

Las modestas densidades de población de partida y la apertura al exterior de la economía insular, -fenómeno que se insinúa ya en el siglo XVII-, son las posibles claves de la larga y sensible progresión demográfica de una isla que es pobre en recursos naturales pero coyunturalmente rica en recursos de situación. Gracias a estos recursos situacionales la población insular pudo crecer con ímpetu ignorando en buena parte sus recursos agrarios. El crecimiento fue de signo eminentemente urbano con la particularidad de que la ciudad líder, Maó, se caracterizó por una salubridad envidiable, superior en general, a la media insular.

Como resumen final, podríamos decir que los indicadores disponibles permiten definir a la isla de Menorca como de un oasis de bienestar demográfico en la etapa tradicional y un microcosmos precoz en el proceso de la transición en correspondencia con su también precoz modernización sociológica.

Fig. 1 Evolución de los bautismos, defunciones totales y crecimiento natural de las parroquias menorquinas



Q W O 4 O W S

Nota: Valores medios anuales calculados por décadas.

Fuente: Tabla 3

Fig. 2 Evolución anual de los bautismos, defunciones totales (estimadas) y matrimonios de la totalidad de las parroquias menorquinas

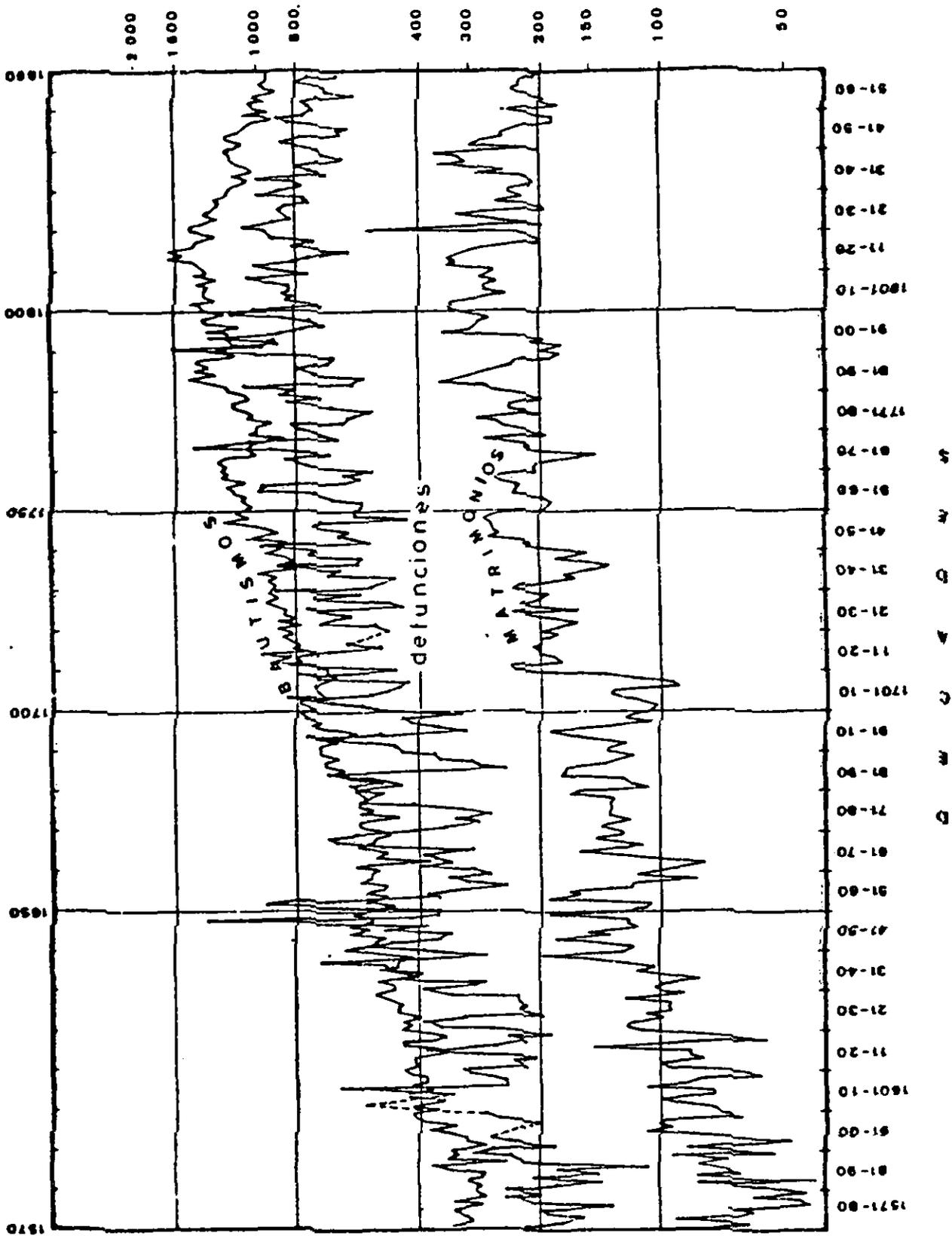
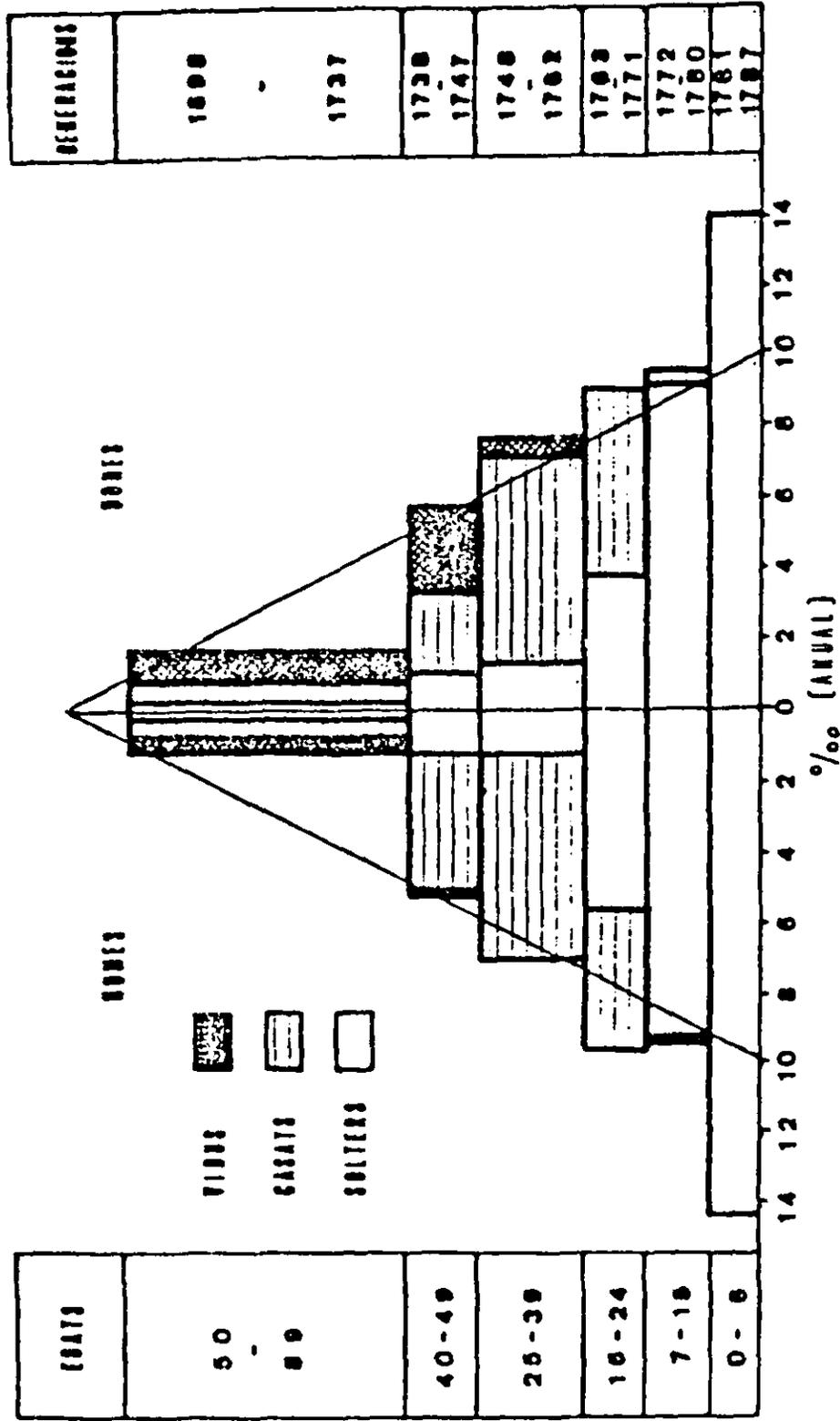


Fig. 3 Estructura por edades, sexo y estado civil de la población de Menorca según el Censo de Floridablanca, 1787



Nota : Datos publicados.

N o t a s

- 1.- Sobre los libros sacramentales de las parroquias de Menorca, véase Martí (1965) y Vidal y Gomila (1985).
- 2.- El primer trabajo de demografía histórica en que se utilizaron los libros sacramentales fue una tesis de licenciatura dirigida por T. Vidal, V. Heras (1974). El segundo artículo fue el de Duban (1985).
- 3.- V. Vidal y Gomila (1985). El objetivo final de nuestra investigación es la publicación de una panorámica general de la demografía insular en la Enciclopedia de Menorca. En el verano de 1984 han aparecido los primeros capítulos. V. Vidal, Dubon, Gomila (1984 B).
- 4.- V. Vidal y Gomila (1984 a).
- 5.- El principal recopilador fue Riudavets (1885). Para más información V. Dubon (1984).
- 6.- V. Vidal y Gomila (1984 A).
- 6 bis.- En realidad la gran mortalidad de 1648 es todavía un enigma. Quizá se trató de una epidemia de tifus. No hay duda, en cambio, sobre la naturaleza pestilencial de la epidemia de 1652-53.
- 7.- V. Vidal y Gomila (1985).
- 8.- Sobre la viruela en Menorca existe un interesantísimo trabajo del médico inglés Cleghorn (1768). El mismo vivió y trató dos epidemias en 1742 y 1746. Cita otra en 1725.
- 9.- El censo de 1797 o de Larruga no ha sido todavía sometido a crítica. Los datos aportados por Fernández Vargas (1974) no permiten, por sí solos, emitir juicios sólidos.

BIBLIOGRAFIA

- Cleghorn, G. (1768), Observations on the Epidemical Diseases in Menorca from the year 1744 to 1749. Tercera edición. Impreso por Cadell, Wilson y Nicol. Londres, 311 pp.
- Dubon, Pretus, M. L. (1984), "Expansió i recessió demogràfica de Maó des de 1741 a 1840" en Trabajos de Geografía nº 38. Universidad de Palma de Mallorca. Pág. 27-40.
- Fernández Vargas, V. (1974), "El volumen de la población de las Islas Baleares en 1787 y 1797" en Cahiers de la Méditerranée nº 9. Niza. Pág. 71-93.
- Floridablanca, Conde de (1787), Censo Español executado de orden del Rey..., Imprenta Real. Madrid.
- Gomila Huguet, J. (1985), "La mortalidad infantil en Menorca. Siglos XVII-XIX" en Revista de Menorca 2º trimestre. Ateneo C.L.A. de Mahón, Pag. 173-193.
- Heras Salord, M. P. (1974), El tránsito demográfico en una ciudad insular. Ciutadella 1601-1900. Tesis de licenciatura inédita. Facultad de Geografía e Historia. Universidad de Barcelona. Director T. Vidal.
- Marti Camps, F. (1965), "Cuarto centenario de los Libros Sacramentales de las parroquias de Menorca" en Revista de Menorca, 4º trimestre. Ateneo C.L.A. de Mahón, pág. 302.331.
- Moll, I., Segura, A. y Suau, J. (1983), Cronología de les crisis demogràfiques a Mallorca. Segles XVIII-XIX, Institut d'Estudis Baleàrics. Palma de Mallorca. 200 pàgs.
- Riudavets y Tuduri, P. (1888), Historia de la Isla de Menorca. Vol. I. Imprenta de B. Fábregues. Pág. 478-536.

- Segura, A. y Suau, J. (1986), "La demografía histórica de Mallorca" en Boletín de la Asociación de Demografía Histórica IV-1, Madrid, pág. 52-88.
- Vidal Bendito, T. y Gomila Huguet, J. (1984 A) "Demografía Menorquina, dues fites importants: Els Morabetins i el Cens de Floridablanca" en Randa nº 16. Barcelona. Pág. 63-85.
- Vidal Bendito, T., Dubon Pretus, M. Ll. y Gomila Huguet, J. (1984), "La població Menorquina (I)" en Enciclopèdia de Menorca. Obra Cultural de Menorca. Mahón, Pág. 1-20.
- Vidal Bendito, T. y Gomila Huguet, J. (1985) "Menorca: Tres segles d'evolució demogràfica" en Estudis Baleàrics V-17. Palma de Mallorca. Pág. 10-26.